

vantarse de su primera caída, habia caído en el fondo de un abismo. La primera falta cometida algunos años antes, la de aceptar culpables relaciones con los Condés, le habia arrastrado á ser un traidor y despues un proscrito; pero ahora iba á ser hallado entre los cómplices de una villana conjuracion. Esta vez no quedaria ya nada de la gloria del vencedor de Holanda. Al saber la prision de Moreau, adivinó la suerte que le esperaba, y conoció que estaba perdido. La familiaridad de los chuanés le era odiosa, y consolábase con el trato de Mr. de Riviere que le parecia mas prudente y sensato, que los demas amigos del conde de Artois enviados á Paris. Reducido al último grado de desesperacion, cogió cierta noche una pistola y ya iba á levantarse la tapa de los sesos, cuando el mismo Riviere se lo impidió. Otra vez privado de asilo, tuvo una inspiracion que le honra, y que honra sobre todo al hombre á quien recurrió en aquel momento. Entre los ministros del primer consul se hallaba uno de los proscritos del 48 de fructidor; era éste Mr. de Marbois. Pichegrú no vaciló en venir una noche á llamar á su puerta, y mostrarle de nuevo al proscrito de Sinnamari, pidiendo á otro proscrito de Sinnamari, ministro ya del primer consul, que violára la ley de su gefe. Mr. de Marbois le recibió con dolor, pero sin inquietud por su seguridad, porque el honor que le hacian contando con su generoso corazon, lo hacia él tambien al primer consul no dudando de su aprobacion. Espectáculo magnífico es y que consuela de aquellas tristes escenas, ver á aquellos tres hombres, tan diferentes, contar los unos con los otros: Pichegrú con Mr. de Marbois,

y éste con el primer consul. Mas tarde en efecto, confesó Mr. de Marbois lo que habia hecho y le contestó el primer consul por medio de una carta, que era una noble aprobacion de su generosa conducta.

Pero esta situacion debia tener un término próximo. Un oficial que habia servido bajo las órdenes de Pichegrú, reveló su secreto y lo entregó á la policia, la cual acompañada de un destacamento de gendarmes, penetró una noche en su retiro para apoderarse de la persona del general, que a la sazón dormia, rodeado de armas de que jamas se separaba, y de libros que formaban su acostumbrada lectura. Despertado por el ruido, quiso arrojarse sobre sus armas, pero no tuvo tiempo, y se defendió vigorosamente por espacio de algunos minutos. Vencido bien pronto, se entregó y fué trasladado al Temple, donde debia acabar de la manera mas desastrosa una vida que tan brillante fuera en otro tiempo.

Apenas habia sido preso, cuando lo fueron tambien Mr. Armand de Polignac, Mr. Julio de Polignac y Mr. de Riviere, no porque hubiesen sido delatados, sino porque perseguidos sin descanso, fueron al fin descubiertos al mudar de asilo. Estas prisiones produjeron en la opinion un efecto profundo y general, quedando escandalizada la mayoría de los hombres sensatos y desnudos de espíritu de partido, al saber la certeza de la terrible conjuracion, sobre la que no dejaba ya duda alguna la presencia de Pichegrú y de los amigos personales del conde de Artois. Aparentemente no habian sido atraídos á Francia por la policia que intentaba fraguar una conspiracion, re-

velándose toda la gravedad de los peligros que había corrido y corría aun el primer consul, y experimentándose mas vivamente que nunca el interés que debía inspirar una vida tan preciosa. No se trataba ya del envidioso rival de Moreau que había querido perder á este general, sino del salvador de la Francia, espuesto á las maquinaciones incesantes de los partidos. Sin embargo, los hombres aviesos y revoltosos aunque algo desconcertados, no guardaron silencio. Segun ellos, Polignac y Riviere eran unos imprudentes, que incapaces de permanecer en paz se agitaban sin cesar con el conde de Artois, y venian solo para ver si las circunstancias favorecian á su partido. Pero no había en todo esto ni conspiracion formal, ni amagos de verdadero peligro que pudiesen inspirar en favor del primer consul.

Para cerrar la boca y confundir á aquellos difamadores se necesitaba una prision mas, la de Jorge. Entonces no seria ya posible decir, hallando juntos á Polignac, Riviere y Jorge, que estaban en Paris como simples observadores. Esta última prueba debía obtenerse pronto, gracias á los medios terribles empleados por el gobierno.

Perseguido y cercado Jorge por multitud de agentes, obligado á cambiar de asilo todos los dias, no pudiendo salir de Paris, que estaba guardado por tierra y por agua, Jorge debía tarde ó temprano sucumbir. Seguian incesantemente sus huellas; pero es justo decir en honor de la época, que nadie quiso entregarle por mas general que fuese el deseo de su prision. Los que se aventuraban á recibirle no querian ocultarle sino por un dia. Era preciso que todas las noches cambiase de re-

tiro. El 9 de marzo hácia la entrada de la noche, muchos dependientes de justicia rodearon una casa, que se había hecho sospechosa por lasidas y venidas de gente de malas trazas. Jorge que la había ocupado, trató de salir de ella para proporcionarse un asilo en otra parte. Partió hácia las siete de la noche y subió cerca del Panteon á un cabriolé, conducido por un criado de confianza, que era un chuan jóven y determinado. Los empleados de justicia siguieron este cabriolé, corriendo á mas no poder hasta la encrucijada de Bussy. Jorge instaba á su compañero á que apresurase el paso, cuando uno de los agentes de policia que llegó el primero, se echó sobre la brida del caballo; pero Jorge lo tendió muerto á sus pies de un pistoletazo. En seguida se lanzó del cabriolé para huir y disparó el segundo tiro contra otro agente á quien hirió de gravedad. Envuelto no obstante por el pueblo y detenido á pesar de sus esfuerzos, fué entregado a la fuerza pública, que había acudido presurosa. Inmediatamente fué reconocido por aquel terrible Jorge que buscaban despues de tanto tiempo, y que al fin tenían asegurado, lo cual produjo en Paris una alegría general, porque en efecto todos vivian en una especie de oposicion, de que ya se sentian aliviados. Al mismo tiempo que Jorge, fué preso tambien el criado que le acompañaba y que apenas tuvo tiempo para dar algunos pasos.

Jorge fué conducido á la prefectura de policia, y pasada la primera emocion, recobró toda su calma habitual. Era jóven y vigoroso; tenia anchas espaldas, rostro franco y sereno, mas bien que sombrío y traidor, como su papel hubiera podido

hacer creer. Llevaba consigo pistolas, un puñal y sesenta mil francos en oro y billetes de banco. Interrogado inmediatamente confesó sin vacilar su nombre y el motivo de su presencia en París. Según él, había venido á atacar al primer consul, no introduciéndose con cuatro asesinos en su palacio, sino abiertamente en campo raso y en medio de su guardia consular. Debía obrar en compañía de un príncipe francés, que se proponía venir á Francia, pero que todavía no había llegado. Jorge estaba casi orgulloso del carácter enteramente nuevo de aquella conspiracion, que ponía sumo cuidado en distinguir de un asesinato.—Sin embargo, le decian, habeis mandado á Saint-Rejant venir á París para preparar la máquina infernal.—Le he hecho venir, contestó Jorge, pero no le había prescrito los medios de que debía servirse.—¡Mala justificacion que probaba suficientemente que Jorge no era extraño á aquel horrible atentado! Por lo demás, en todo lo que concernia á los otros cómplices, el atrevido conjurado se obstinaba en callar, repitiendo que ya había bastantes víctimas, y que no quería aumentar su número (1).

(1) *Extracto del primer interrogatorio de Jorge por el prefecto de policia, 18 de ventoso (9 de marzo.—Tomo II, página 79.*

Nos, consejero de estado, prefecto de policia, hemos mandado comparecer por ante nos á Jorge Cadoudal, y le hemos preguntado en los términos que siguen:

*Pregunta.* ¿Qué veniais á hacer en París?

*Respuesta.* Venia á atacar al primer consul.

*P.* ¿Cuáles eran vuestros medios para atacar al primer consul?

Con la prision de Jorge y sus declaraciones, quedaba probada la conjuracion y justificado el primer consul, sin que se pudiera ya repetir, como se hacia despues de un mes, que la policia inventaba las conspiraciones que pretendia descubrir; el partido realista no tenia mas recurso que bajar los ojos al ver á uu príncipe francés que prometia volver á Francia con una cuadrilla de chuanes, para dar una supuesta batalla en medio de un camino. Quedaba, es verdad, la excusa de decir que no habria venido. Esto es posible y aun

*R.* Tenia todavía muy pocos, pero esperaba reunirlos....

*P.* ¿De qué naturaleza eran vuestros medios de ataque contra el primer consul?

*R.* Medios de viva fuerza.

*P.* ¿Contábais con mucha gente?

*R.* No, porque no debía atacar al primer consul sino hasta que llegase un príncipe extranjero á París y no ha llegado.

*P.* ¿En la época del 5 de nivoso escribisteis á Saint-Rejant reconviniéndole por la lentitud que empleaba en ejecutar vuestros órdenes contra el primer consul?

*R.* Escribí á Saint-Rejant que reuniese medios en París, pero no le dije que cometiese el atentado de 5 de nivoso....

*Extracto del segundo interrogatorio de Jorge Cadoudal; 18 de ventoso (9 de marzo.—Tomo II, página 85.*

*P.* ¿Desde cuándo estais en París?

*R.* Hace cinco meses, pero no he permanecido quince dias seguidos.

*P.* ¿Dónde os habeis alojado?

*R.* No quiero decirlo.

*P.* ¿Cuál es el motivo que os ha traído á París?

*R.* He venido con intencion de atacar al primer consul.

*P.* ¿Cuáles eran vuestros medios de ataque?

*R.* El ataque debía ser á viva fuerza.

probable; mejor hubiera sido cumplir la palabra, que prometer inútilmente á los desgraciados que arriesgaban su cabeza fiados de tales promesas. Por lo demás, no era solo Jorge quien anunciaba á un príncipe; los amigos del conde de Artois, M. M. de Riviere y de Polignac usaban el mismo lenguaje. Confesaban la parte mas importante del proyecto, y rechazaban lejos de sí la idea de haber partici-

P. ¿Dónde pensábais hallar esa fuerza?

R. En toda la Francia.

P. ¿Luego hay en toda la Francia una fuerza organizada á vuestra disposicion y á la de vuestros cómplices?

R. No es así como debe entenderse la fuerza de que yo hablo.

P. Pues ¿cómo se debe entender la fuerza de que habláis?

R. Una reunion de fuerza en París, la cual no está organizada todavía, pero lo habria estado tan luego como se hubiese resuelto definitivamente el ataque.

P. ¿Cuál era, pues, vuestro proyecto y el de los conjurados?

R. Poner á un Borbon en el lugar del primer consul.

P. ¿Quién era el Borbon designado?

R. Carlos-Javier-Estanslao, llamado Monsieur, y reconocido por nosotros por Luis XVIII.

P. ¿Qué papel debíais representar en el ataque?

R. El que uno de esos príncipes franceses, que debia hallarse en París, me hubiese designado.

P. Luego ¿el plan ha sido formado y debia ejecutarse de acuerdo con los príncipes franceses?

R. Si, ciudadano juez.

P. Segun eso, ¿habeis conferenciado con esos príncipes en Inglaterra?

R. Si, ciudadano.

P. ¿Quién debia dar los fondos y las armas?

R. Hacia mucho tiempo que tenia los fondos á mi disposicion; pero carecia aun de armas....

pado de un proyecto de asesinato; pero confesaban haber venido á Francia para una cosa que no definian, para una especie de movimiento á cuya cabeza debia figurar un príncipe francés. Ellos no habian hecho otra cosa que anticiparse, para averiguar con sus propios ojos, si era útil y conveniente que llegase (1). Del mismo modo que

(1) *Estracto del primer interrogatorio de Mr. de Riviere por el consejero de estado, Real, 16 de ventoso (7 de marzo).—Tomo II, página 259.*

P. ¿Desde cuándo estais en París?

R. Hace cerca de un mes.

P. ¿Por dónde habeis venido de Londres á Francia?

R. Por la costa de Normandía en un buque inglés, su capitán Wright, segun creo.

P. ¿Cuántos pasajeros venian, y quiénes eran estos?

R. No lo sé.

P. ¿Sabeis que el ex-general Pichegrú y Lajolais venian entre esos pasajeros, así como Mr. Julio de Polignac?

R. Como esto no me interesa, lo ignoro.

P. Cuando desembarcásteis, ¿por qué camino habeis venido á París?

R. Por el de Ruan, unas veces á pié y otros á caballo.

P. ¿Cuáles son los motivos de vuestro viage y de vuestra permanencia en esta ciudad?

R. Asegurarme del estado de las cosas y de la situacion política é interior, á fin de participarlo á los príncipes, que en vista de mis observaciones habrian juzgado si les convenia venir á Francia ó quedarse en Inglaterra. Debo no obstante decir que yo no tenia en aquel momento mision particular de ellos; pero habiéndoles servido frecuentemente con celo....

P. ¿Cuál ha sido el resultado de las observaciones que habeis hecho sobre la situacion política, sobre el gobierno y sobre

Jorge, estos señores no hacian mas que buscar excusas para justificarse de haber sido hallados en tan mala compañía, repitiendo que debia ponerse

la opinion? ¿Qué hubiérais dicho á los principes si hubiéseis podido escribirles ó volveros á su lado?

R. En general, he creido ver en Francia mucho egoísmo, mucha apatía y un gran deseo de conservar la tranquilidad.

*Estracto del segundo interrogatorio de Mr. Armand de Polignac, 22 de ventoso (15 de marzo).—Tomo II, página 259.*

Desembarqué en las costas de Normandía, despues de muchas paradas, me hospedé cerca de la Isla-Adam, en un sitio donde se hallaba Jorge, conocido tambien bajo el nombre de Loriera.

Vinimos juntos á Paris, y con algunos oficiales á su disposición.

Cuando sali la última vez de Lóndres, sabia cuáles eran los proyectos del conde de Artois, y como le apreciaba demasiado creí de mi deber acompañarle.

Su plan era llegar á Francia y hacer proponer al primer consul que abandonase las riendas del gobierno, á fin de que pasaran á manos de su hermano.

Si el primer consul rechazaba esta proposicion, el conde estaba decidido á empeñar un ataque á viva fuerza para reconquistar los derechos que consideraba como los de su familia.

Yo no ignoraba que aun no estaba dispuesto á intentar su venida cuando sali; si me he anticipado á él ha sido por el deseo de ver, como ya he dicho, á mis padres, á mi esposa y á mis amigos.

Cuando se trató de otro desembarco, el conde de Artois me participó que en vista de la confianza que tenia en mí y del celo que siempre le habia manifestado, deseaba que formase parte de la expedicion, lo cual me determinó á pasar á bordo del primer buque.

al frente de ellos un principe francés, y como éste no habia venido, ni se proponia ya venir, estaban seguros de no esponerlo á ningun peligro, pues estaba protegido por toda la estension de la

Debo deciros que en el momento de mi partida, declaré altamente que si todos aquellos medios no eran nobles y dignos me retiraria á Rusia.....

P. ¿Habeis sabido que el general Moreau veia á Pichegrú y á Jorge Cadoudal?

R. He sabido que hubo una conferencia muy seria en Chaillet, casa número 6, donde vivia Jorge Cadoudal, entre dicho Cadoudal, el general Moreau y el ex-general Pichegrú.

Me han asegurado que despues de diferentes esplicaciones dijo Jorge Cadoudal al general Moreau:—Si quereis, os dejaré con Pichegrú, y quizás entonces acabareis por entenderos.

Que en fin el resultado no habia dejado mas que incertidumbres desagradables, puesto que Jorge Cadoudal y Pichegrú se mostraban muy fieles á la causa del principe, al paso que Moreau permanecia indeciso, y hacia sospechar ideas de interés particular. Posteriormente he sabido que el general Moreau y el ex-general Pichegrú han tenido otras conferencias.

*Estracto del interrogatorio hecho á Mr. Julio de Polignac por el consejero de estado, Real, el 16 de ventoso (7 de marzo), y citado en el acta de acusacion.—Tomo I, página 61.*

Interrogado.....

Contestó: que pareciéndole á él asi como á su hermano, que lo que se queria hacer no era tan noble como debian naturalmente esperar, habian hablado de retirarse á Holanda.

Invitado á esplicar el motivo de sus temores,

Respondió, que sospechaba que en lugar de llenar una mision cualquiera relativa á un cambio de gobierno, se trataba de obrar contra un solo individuo, y que el primer consul era á quien el partido de Jorge se proponia atacar.

Mancha. Los imprudentes no sospechaban que habia otros menos guarecidos y que acaso pagarian con su sangre los proyectos concebidos y preparados en Lóndres.

¡Ojala que el primer consul se hubiese contentado con lo que ya tenia bajo su mano para confundir á sus enemigos! Medios tenia de hacerlos temblar, imponiéndoles legalmente las penas contenidas en nuestros códigos, y aun podía llenarlos de confusion, siendo como eran tan concluyentes las pruebas obtenidas. Esto era mas de lo que necesitaba para su seguridad y honor.

Pero como ya hemos dicho, indulgente entonces con los revolucionarios, estaba indignado contra los realistas en vista de su ingratitude, y resuelto á descargar sobre ellos todo el peso de su poder. Abrigaba en su corazon además de la venganza otro sentimiento, el del orgullo. A todo el mundo decia en voz alta que un Borbon para él no era mas que Moreau ó Pichegrú, y aun menos; que estos príncipes creyéndose inviolables comprometian á su antojo multitud de desgraciados de todas clases y despues se guarecian detrás del mar; que hacian muy mal en contar tanto con este asilo, porque tarde ó temprano lograría apoderarse de uno, y que lo fusilaría como un criminal ordinario; que era preciso que se supiera al fin, con quien tenían que habérselas, atacando en su persona al que no tenia mas miedo de derramar la sangre de un Borbon que la del último de los chuancs; que pronto haría ver al mundo que todos los partidos eran iguales á sus ojos; que los que atrajesen sobre sus cabezas su mano formidable, sentirían su peso cualesquiera que

ellos fuesen, y que despues de haber sido el mas clemente de los hombres, verian que podia ser tambien el mas terrible.

Nadie osaba contradecirle: el consul Lebrun callaba; el consul Cambaceres callaba tambien, dejando ver sin embargo esa desaprobacion silenciosa que era su resistencia á ciertos actos del primer consul. Mr. Fouché que queria congraciarse con este y que inclinado generalmente á la indulgencia, deseaba no obstante indisponer al gobierno con los realistas, aprobaba sobre manera la necesidad de un egemplar castigo. Mr. de Talleyrand, que seguramente no era cruel, pero que no acertaba á contradecir jamás al poder, á menos que se hiciera su enemigo, y que llevaba hasta un grado funesto el deseo de complacerle cuando lo amaba, Mr. de Talleyrand decia tambien con Mr. Fouché, que se habia hecho ya demasiado en favor de los realistas, que a fuerza de tratarlos bien, se habia llegado á inspirar desagradables sospechas á los hombres de la Revolucion, y que era preciso castigar severamente y sin escepcion. Esceptuando el consul Cambaceres, todo el mundo adulaba aquella cólera, que en aquel momento no tenia necesidad de ser adulada para hacerse temible y hasta cruel.

La idea de descargar todo el castigo solamente sobre los realistas y no mostrar clemencia sino con los revolucionarios, estaba tan arraigada entonces en el alma del primer consul, que intentó hacer por Pichegrú lo que habia querido hacer por Moreau. Al pensar en la situacion desgraciada de aquel general ilustre, asociados los chuancs y espuesto á perder ante un tribunal no sola-

mente la vida, sino los últimos restos de su honor.—¡Magnífico fin, dijo á Mr. Real, magnífico fin para el vencedor de la Holanda! Pero es preciso evitar que los hombres de la revolucion se devoren entre sí. Hace mucho tiempo que pienso en Cayenne; es el pais mas hermoso de la tierra para fundar en el una colonia. Pichegrú ha estado desterrado en él, lo conoce; de todos los generales es el mas capaz de crear allí un grande establecimiento. Id á verle á su prision, decidle que le perdono, que no es él, ni Moreau, ni sus compañeros sobre quienes quiero descargar el rigor de la justicia. Preguntadle cuántos hombres y millones necesita para fundar una colonia en Cayenne; se los daré, é irá á recobrar su gloria prestando servicios á la Francia.

Mr. Real llevó á la prision de Pichegrú estas nobles palabras. Cuando éste las oyó, no quiso al principio darles crédito, pensando que se trataba de seducirle para comprometerle á delatar á sus compañeros de infortunio; pero convencido luego por las reiteradas instancias de Mr. Real, que no le pedia revelacion alguna, puesto que todo se sabia, se conmovió y su alma cerrada se abrió, derramando lágrimas y hablando largamente de Cayenne. Confesó que por una singular prevision, habia pensado frecuentemente en su destierro, sobre lo que allí podia hacerse, y hasta preparado proyectos. Pronto se verá por que fatal ocurrencia, no tuvieron las generosas intenciones del primer consul mas efecto que una deplorable catástrofe.

Entre tanto esperaba con la mas viva impaciencia noticias del coronel Savary, colocado de

centinela con cincuenta hombres en la costa de Biville. Hacia ya mas de veinte dias que estaba en observacion, y no se habia verificado desembarco alguno. Todas las tardes se presentaba á la vista el brick del capitán Wright, pero jamás llegaba á la playa, bien porque, como hemos dicho, esperasen los pasajeros que llevaba el capitán Wright alguna señal que no se les hacia, bien porque las noticias de Paris les obligaron á no desembarcar. En fin, el coronel Savary tuvo que declarar que su mision se prolongaba inútilmente y sin objeto.

Despechado el primer consul por no poder cojer á ninguno de esos principes que atentaban contra su vida, dirigia la vista á todos los puntos donde residian. Encerrado una mañana en su gabinete con Talleyrand y Fouché, enumeraban los individuos de aquella familia desgraciada, tan digna de lástima por sus faltas como por sus infortunios. Decíale que Luis XIII habitaba en Varsovia con el duque de Angulema; que el conde de Artois y el duque de Berry se hallaban en Lóndres; que los principes de Condé estaban tambien en dicha capital á escepcion de uno solo, el tercero, que era el mas joven y emprendedor, el duque de Enghien, el cual vivia en Ettenheim, muy cerca de Strasburgo, y como quiera que por este lado tambien trataban de fomentar las intrigas, los agentes ingleses, Taylor, Smith y Drake, ocurrióle al primer consul la idea de que aquel joven principe podia servirse del puente de Strasburgo, como el conde de Artois habia querido servirse de la costa de Biville y resolvió enviar inmediatamente á Ettenheim un oficial de

gendarmes, inteligente para tomar informes, y como hubiese uno que habia servido en otro tiempo siendo jóven al lado de los principes de Condé, se le mandó que se disfrazara, que se dirigiera á Ettenheim y se proporcionára cuantos informes pudiese acerca del principe, de su género de vida y relaciones.

El oficial partió con esta comision y se dirigió á Ettenheim, donde hacia algun tiempo que vivia el principe al lado de una princesa de Rohan, á quien queria mucho, compartiendo su tiempo entre este afecto y la afición á la caza, que satisfacía en la Selva Negra. Habia recibido órden del gabinete británico para que pasara á las orillas del Rhin, sin duda para que estuviese á la mira del movimiento de que los agentes Drake, Smith y Tailer habian dado una falsa esperanza á su gobierno. Este principe creia tener que hacer pronto la guerra contra su pais, deplorable papel que ya habia sido el suyo durante muchos años; pero nada prueba que conociese la conjuración de Jorge: por el contrario, todo induce á creer que la ignoraba, pues se ausentaba con mucha frecuencia para ir á caza, y aun decian algunos que para asistir al teatro de Strasburgo. Verdad es que este rumor habia recibido tanta consistencia, que su padre le escribió desde Londres aconsejándole en términos muy severos que fuese mas prudente (1). Este principe tenia á su

(1) *El principe de Condé al duque Enghien.*—Wansstead, 16 de junio de 1805.

Mi querido hijo:

Hace mas de seis meses que se asegura aquí que habeis

lado algunos emigrados adictos á su persona, principalmente un cierto marqués de Thumery.

El oficial enviado para tomar informes llegó disfrazado, y en la misma casa del principe adquirió multitud de pormenores de los cuales era muy facil á los que estaban prevenidos en contra, sacar funesta inducciones. Decíase que el jóven duque se ausentaba frecuentemente, y hasta que se ausentaba durante muchos dias para ir á Strasburgo. Acompañábale un personage á quien presentaban mucho mas importante de lo que era, y que se llamaba con un nombre que los alemanes autores de aquellos informes, pronunciaban mal, y de modo que hacian creer que era el general Dumouriez. Este personage era el marqués de Thumery, cuyo nombre acabamos de citar, y á quien el oficial, engañado por la pronunciación alemana, tomó de buena fé por el celebre general Dumouriez. Consignó estos pormenores en su in-

hecho un viage á Paris; otros dicen que no ha sido mas que á Strasburgo. Es preciso convenir que esto seria arriesgar algo inútilmente tu vida y tu libertad; porque respecto á tus principios estoy tranquilo, pues sé que se hallan tan profundamente grabados en tu corazon como en los nuestros. Creo que ahora podrías confiarnos lo pasado, y si la noticia que me han dado es cierta, lo que hayas observado en tus viages.

A propósito de tu salud, que tan querida nos es bajo tantos títulos, aunque he mandado á decirte que la posición en que te hallas, podía ser muy útil bajo muchos conceptos, no olvides que estás muy cerca de Francia, ni omitas precaucion alguna para ser avisado á tiempo y retirarte con seguridad, en el caso de que le ocurra al consul apoderarse por sorpresa de tu persona. No creas que hay valor en arrostrar todos los peligros temerariamente.

Firmado: LUIS JOSE DE BORBON.



forme, escrito, como se vé, bajo la influencia de las mas fatales ilusiones, y enviado inmediatamente á París.

Este fatal informe llegó el 10 de marzo por la mañana. La vispera por la tarde, y en la noche, y hasta en la mañana de aquel mismo dia, se habia renovado muchas veces una deposicion no menos fatal, arrancada á un tal Leridant que era el criado de Jorge, preso con él. Al principio se habia negado á contestar á los reiterados interrogatorios de los jueces, pero al fin acabó por hablar con una sinceridad que parecia completa, declarando que en efecto habia una conjuracion, á cuya cabeza se hallaba un principe, que este principe iba a llegar, ó acaso habria ya llegado; que en cuanto á él, tenia motivo para creerlo, porque habia visto venir algunas veces á casa de Jorge un hombre jóven, bien portado y vestido, y á quien todos mostraban el mayor respeto. Esta deposicion, frecuentemente repetida y cada vez con nuevos detalles, fué elevada al conocimiento del primer consul, y como al mismo tiempo hubiese recibido el parte del oficial de gendarmes, debieron sufrir sus ideas un completo trastorno, pues confundiendo las ausencias del duque de Enghien con la supuesta presencia de un principe en París, llegó á imaginarse que ese jóven, á quien los conjurados mostraban tanto respeto, no podia ser un principe procedente de Lóndres, pues la costa de Biville estaba cuidadosamente guardada, sino el mismo duque de Enghien que en cuarenta y ocho horas venia de Ettenheim á París y volvía de París á Ettenheim en el mismo espacio de tiempo, despues de haber pasado algunos momentos en medio de sus

cómplices. Pero lo que mas afirmaba al primer consul en esta malhadada conviccion, era la presencia supuesta de Dumouriez. El plan se completaba asi de una manera admirable. El conde de Artois debia llegar por la Normandía con Pichegrú, y el duque de Enghien por la Alsacia con Dumouriez. Los Borbones querian, para entrar en Francia, que los acompañasen los célebres generales de la República. La cabeza ordinariamente tan sana y fuerte del primer consul, no pudo resistir á tantas apariencias engañosas y se dejó dominar completamente por ellas. Preciso es haber visto á hombres entregados enteramente á investigaciones de este género, sobre todo si una pasion cualquiera los espone á creer lo que sospechan, para comprender hasta que punto son rapidas las inducciones, y bendecir cien veces los trámites lentos de la justicia, que salvan á los hombres de esas fatales conclusiones, sacadas tan pronto de algunas coincidencias fortuitas.

Al leer el primer consul el parte del oficial enviado á Ettenheim, que acababa de entregarle el general Moncey, comandante de la gendarmeria, fué acometido de una estremada agitacion. Recibió muy mal á Mr. Real que se presentó en aquel momento, le reprendió por haberle dejado ignorar por tanto tiempo pormenores de tanta importancia, y creyó de muy buena fé haber descubierto la segunda y mas terrible parte de la conspiracion. Esta vez no le detenia ya el mar; el Rhin, el duque de Baden y el cuerpo germánico no eran obstáculos para él. Convocó inmediatamente un consejo extraordinario, compuesto de los tres cónsules, de los ministros y de

Mr. Fouché que era ministro de hecho, aunque no lo fuese por nombramiento. Llamó al mismo tiempo á las Tullerías á los generales Ordener y Caulaincourt; pero mientras llegaban estos señores cogió los mapas del Rhin para disponer un plan de raptó, y como no encontrase los que buscaba derribó al suelo confusamente todos los mapas que habia en su librería. Mr. de Meneval, hombre de carácter dulce, prudente é incorruptible, sin el que no podia pasarse, porque le dictaba sus cartas mas secretas, se habia ausentado aquel dia por algunos instantes. Mandó llamarlo á las Tullerías con reconvenções muy poco merecidas sobre su ausencia, y continuó su exámen del mapa del Rhin en un estado de emocion extraordinaria.

Celebróse el consejo, cuya relacion ha consignado un testigo ocular en sus memorias.

Propúsose en el acto la idea de apoderarse de la persona del príncipe y del general Dumouriez, sin cuidarse de la violencia del suelo germánico, dirigiendo no obstante una escusa por la forma al gran duque de Baden. El primer consul quiso oír los pareceres, si bien con todas las apariencias de una resolucíon irrevocablemente tomada. Escuchó sin embargo con paciencia todas las objeciones. Su cólega Lebrun se mostraba aterrado por el efecto que semejante acontecimiento produciria en Europa. El consul Cambaceres tuvo valor para oponerse abiertamente á la proposición que se acababa de hacer y se esforzó por demostrar todo lo que tenia de peligroso una resolucíon de aquella naturaleza, así en el interior como en el esteriór, y el carácter de violencia que

no podria menos de imprimir al gobierno del primer consul. Hizo sobre todo valer la consideración de que seria muy grave prender, juzgar y fusilar á un príncipe real, aunque fuese cogido en fragante delito en territorio francés; pero que ir á buscarle en suelo estrangero era además de la violación de territorio, un verdadero atentado, pues se le prendia teniendo en su favor todas las apariencias de la inocencia, y por lo tanto no se iba á hacer otra cosa que un alarde del abuso mas odioso de la fuerza. Suplicó, pues, al primer consul que por interés de su gloria personal y por el honor de su política, se abstuviese de un acto que colocaria á su gobierno en el rango de los gobiernos revolucionarios, de los que con tanto cuidado habia querido hasta entonces distinguirse. Insistió, en fin muchas veces con un calor que no le era habitual, y propuso como término medio, esperar á que aquel príncipe ú otro cualquiera fuese cogido en el territorio francés para aplicarle entonces las leyes de la época en todo su rigor. Esta proposición no fué admitida, contentándose á ella que era preciso no esperar ya á que el príncipe que debia introducirse por la Normandía ó por el Rhin, viniera á esponerse á peligros ciertos é inevitables, cuando ya Jorge y todos los agentes de la conspiración estaban asegurados; que por otra parte al ir á prender al que se hallaba en Ettenheim, se cogieran con él sus papeles y cómplices, que de este modo se adquirirían las pruebas de su criminalidad, y que desde entonces quedaba justificado el rigor que se desplegase porque se apoyaba en la evidencia misma del crimen; que sufrir pacientemente que